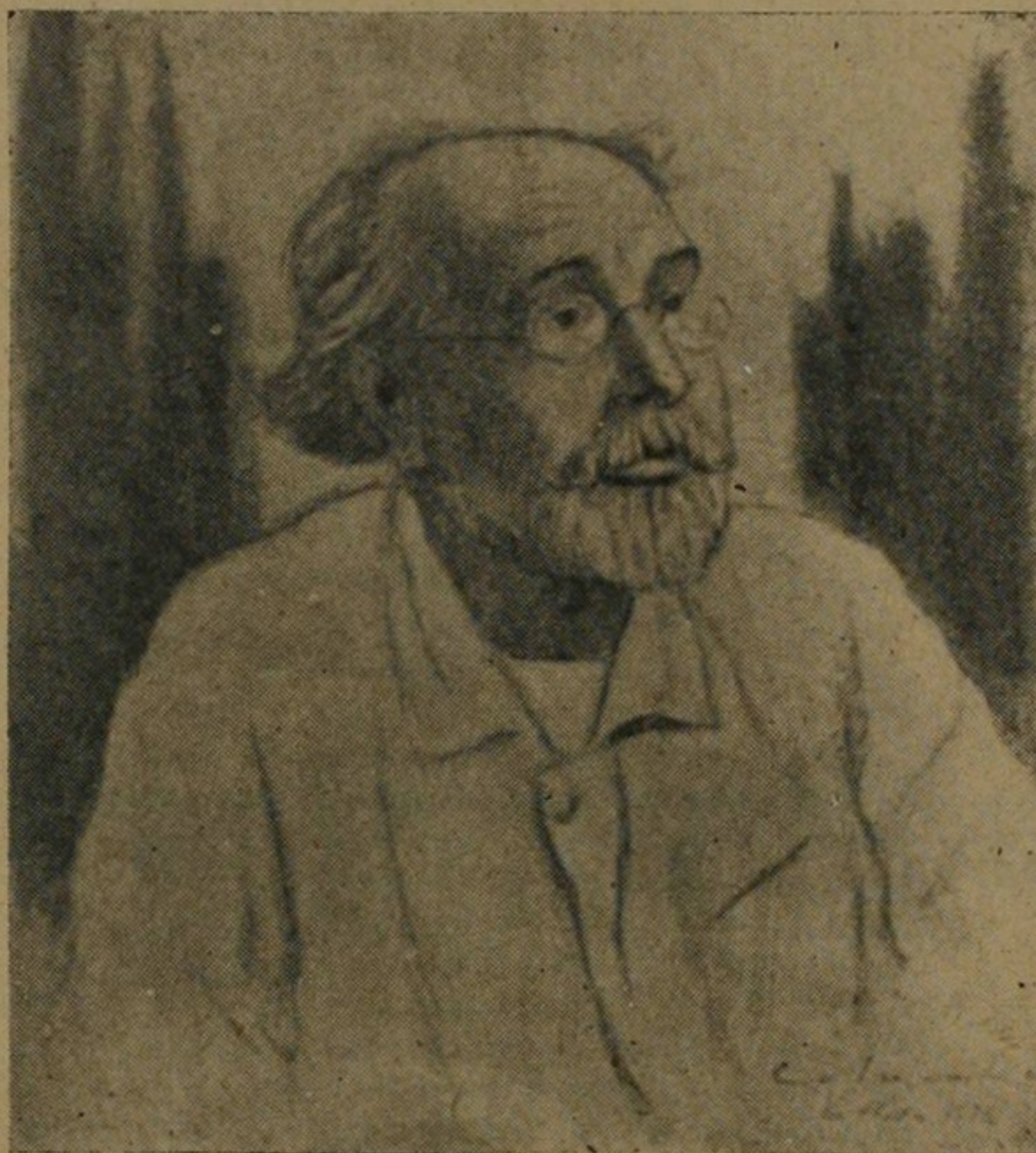


Don Pedro

= De Plus Ultra. Buenos Aires. =



Almafuerte
(Pedro B. Palacios) Retrato de Columba

Don Pedro era un hombre recio y cobrizo, de estatura mediana y amplio tórax. Tenía el rostro variolado, el cráneo calvo, las manos finas. Su voz, su gran voz, era clarísima y viril. Pronunciaba como un profesor de dicción, y a veces parecía recortar la palabra en un relieve limpio de cristal. Accionaba de modo inconfundible, acompañando sus afirmaciones con un puntazo del pulgar diestro en el pecho, descargando puñetazos formidables sobre una mesa, tomándose las sienes con los dedos estirados, dándose sonoras palmadas en la frente. Los ojos relampagueaban con fiereza detrás de los espejuelos o se nublaban de lágrimas fáciles. Reía con risa franca, estruendosa, infantil. Fumaba sin descanso y en tres o cuatro succiones consumía el cigarrillo. Cierta vez se propuso abandonar el vicio y pasó algunos días masticando palitos de sauce.

Don Pedro vivió en la Plata muchos años, hasta su muerte. Ocupó varias casas, en sitios diametralmente opuestos. Nos place evocarlo en una casita de tres o cuatro piezas y gran solar, cerca de las vías del ferrocarril, en un rincón de la diagonal 74. Su cuarto de trabajo estaba alfombrado de papeles: cuartillas, diarios, revistas.

Dos o tres chicuelos a quienes enseñaba a leer y a dibujar, le cebaban mate, le servían, le acompañaban y solían decir al visitante: «Dice don Pedro que no está».

Su bondad era proverbial, su generosidad sin límites. Corren al respecto cien anécdotas. Su pobreza fué, casi siempre, franciscana. Amaba a Cristo, discutía con Cristo, lo desafiaba. Un día mientras nos

leía *Trémolo*, sentado a su mesa, frente a un crucifijo de metal—no recordamos si formaba parte del tintero,—por poco lo decapita a manotazos.

(¡Ah! Don Pedro era poeta.)

Don Pedro sabía algunas cosas muy bien, sabía otras a su manera e ignoraba orgullosamente el resto. Tenía adivinaciones ge-

Rafael Alberto Arrieta

niales; no estudiaba; leía con delectación novelas realistas en ediciones castellanas de Garnier y Maucchi. Poseía un mueble-biblioteca, lleno de libros, de piezas de vestir, de periódicos; también la humilde vajilla solía ocupar alguno de los estantes. En el piso yacía una pila de diccionarios destripados. Los manuscritos de sus originales recientes, con su letra clara y las repetidas tachaduras que denunciaban el tenaz y paciente combate con la palabra rebelde, volaban por la habitación.

Don Pedro hacía, cuando estaba en vena, ante sus amigos, disertaciones pintorescas que lograban, a menudo, altísima elocuencia, o leía admirablemente algún viejo discurso, de párrafos inmensos, que ponían a prueba su voz y sus pulmones. Contadas veces permitió que se le contradijera. Sus admoniciones eran apocalípticas, sus juicios lapidarios, sus opiniones contradictorias. En dos palabras mordaces retrataba a un personaje. Tenía una rapidez extraordinaria para los motes, agudísimos siempre. En sus charlas manejaba hábilmente el humorismo. Y era temible la descarga de su indignación: los adjetivos demolidores surgían torrenciales, salpicándolo todo. Tenía un ídolo: Sarmiento, único nombre que pronunciara con invariable respeto. Odiaba las feminidades: admiraba el valor, la integridad moral, los gestos heroicos. La cuerda cívica estuvo siempre tensa en su arpa.

¿Pero dijimos que era poeta? Don Pedro—como se le llamaba familiarmente en La Plata—firmaba sus trabajos con el seudónimo de Almafuerte.

cho los hombres creando en mil años todas las fuentes de odio posibles». Se cree, pues, en el deber de luchar, si es preciso hasta contra su propio padre, que es el Presidente de la República, para acabar con una infame organización social, creando con cimientes de voluntad y con caríatides de justicia y con cúpulas de belleza una mejor arquitectura política. Miguel García quedará como el precursor. Luis Alfonso Enríquez, su hermano espiritual, su discípulo, su *alter ego*, será el realizador. La juventud no se ha perdido del todo: hay una parte que no se ha corrompido ni se ha doblegado; hay una parte que se mantiene erguida y luminosa y con la que se puede contar para remover la cordillera de dolor y de injusticia que pesa sobre los débiles, sobre los pobres, sobre los humildes. Aún hay esperanza...

El tema desborda de una narración al uso. En la que nos ocupa, hasta un gran amor viene a resultar episódico ante el dolor de un alma triturada por todas las inquietudes. Y esa alma en túrdigas ensangrentadas no es la de un individuo ni la de un grupo siquiera; es la de toda una juventud que lanza los brazos y las miradas y las frentes

al porvenir. De aquí el interés humano, trascendente, inmenso, que tiene la obra de Carrión.

La técnica de la novela no puede ser más dinámica y moderna. Allí todo se mueve, palpita, gira y pasa como en la vida. Nada de descripciones morosas, pintando con detalles lo externo, a pesar de devanarse la acción en una ciudad tan profundamente evocadora como Quito. El medio aparece en blanco y negro, a grandes manchas, pero viviendo como en el cinematógrafo. Nada de análisis psicológicos. El alma de los personajes se revela en sus acciones y no en los procesos psíquicos que el autor no se para a analizar. Allí todo vive y palpita, sin grandeza, claro, porque no la dá la realidad. Pero esa vida vulgar, anodina, triste y mísera, es la vida. Es nuestra Vida!... No parece que se lee una novela sino que uno se sumerge en la dolorida realidad ecuatoriana. El autor, fervoroso discípulo del formidable Queiroz, recuerda en ciertos pasajes el procedimiento sintético, humano y terrible del genio lusitano. Aquella pasión brutal, oscura y turbia del militar por la maestra de escuela, su propia cuñada y de la cual es fruto el héroe de la no-

vela, es una página naturalista en la que es lástima no haya ahondado más Carrión. La juerga quiteña, amasijo picante de sentimentalismo, de música triste, de canciones cursis, de aguardiente, de lascivia y de malos chistes es un verdadero cuadro de género que vive solo. Pero donde esplenden aún más las dotes del autor es al pintar a nuestros políticos. Ese Ministro de Instrucción Pública que allí aparece lleno de nobles ideas de regeneración, con los más hermosos planes de reforma cultural y que al serle negados los recursos fiscales para realizar su hermoso programa, se queda rumiando tranquilamente el sueldo, tiene todo el valor de un retrato no de un personaje de la fantasía, sino de un *specimen* que podemos contemplar dirigiendo nuestra educación en cualquiera de nuestras Repúblicas. Ese Presidente, tan buena persona, antes de no ser nada, y que se atosiga y se envenena y se corrompe con el Poder, es todo un símbolo. Ese gobierno que se hace la revolución a sí mismo para tener pretexto de alzarse con la Dictadura, lo hemos padecido muchas veces. Y ese ejército, ese ejército pretoriano sin ningún otro objeto que man-